

REMÍ MIRANDO LA LLUVIA

Cristina Rodríguez Aguilar

Remí no es mi hermano de sangre, pero es mi hermano. Cuando yo era apenas una adolescente, conocí a Remí, su mirada azul, inquieta y fija, y su incapacidad para comunicarse con las palabras. Yo no le elegí, pero entre el grupo de chavales que acudían los sábados a las excursiones que organizábamos, siempre existió algo invisible que me mantuvo y me mantiene aún unida a él. En los años difíciles y necesarios, cuando me fui del pueblo y me hice mayor en otras tierras, Remí siempre cruzaba mis sueños saltando con la rigidez de aquel cuerpo que le pertenecía, como un junco que hubiera sido petrificado por la fuerza de un rayo. Remí, con aquel algo incandescente que transmitía siempre en su mirada. En mis sueños, puedo decir que es la persona que más ha aparecido de forma recurrente. Sueños siempre de casas oscuras o luminosas, derruidas o en construcción, Remí cruzaba de pronto el espacio y la angustia en esos sueños se apaciguaba por un momento. Durante diez años yo fui monitora en aquel colectivo que organizaba actividades para personas como Remí. Creo que él tenía la misma edad que yo y que una enfermedad había torcido su normalidad cuando era muy pequeño. Y creo que fue un privilegio conocerle entonces, cuando yo aún apenas tenía catorce años y el mundo empezaba a ser confuso. Pero él era claro, su afecto, su estar entero era claro en medio de su imposibilidad. Solíamos realizar excursiones, a veces alquilábamos casas y dormíamos fuera con todo el grupo. Recuerdo entonces las noches en que todo el mundo dormía. El silencio de los pequeños pueblos en cuyos albergues solíamos alojarnos. Las canciones nocturnas para dormir a los más insomnes. Alguna vez le canté yo también a

Remí, que era el rey indiscutible del país de los insomnes. Apenas me levantaba para salir del cuarto, Remí abría los ojos y me miraba fijamente. Pero yo me iba. Y alguna vez, en medio de la noche, me desperté y le vi de pie, junto a mi cama, como un ángel guardián, aunque en aquellos momentos no me hiciera ninguna gracia tener que levantarme a medianoche y llevarle hasta su cama y acostarle. Remí sin palabras, con sus piernas como palos rígidos que destrozaban las suelas de los zapatos, aquellos pies de fantasma que se arrastraban por todos los caminos que recorrimos juntos. Remí siempre arrastrando los pies con un equilibrio de cristal que va a caer pero que luego se alza como un insecto mágico que ningún viento puede derribar. Remí estalagmita y pararrayos firme y dulce. Remí tenía una familia que le adoraba. No ocurría así con todos los chavales que venían a la asociación. Algunos procedían de familias rotas por el alcohol o la necesidad o la tristeza. No hay palabras para expresar de qué manera me enriqueció el conocerles, el tratar con ellos, el recibir aquel manantial de abrazos hasta la exasperación, sin que nadie esperara nada de ti, nada a cambio, tan sólo el regalo de que fueras tú misma, el milagro de ser tú misma entre quienes te daban más de lo que entonces percibías. Remí con los brazos cruzados en la espalda mirando, pacientemente, hasta que tú le decías algo y ladeaba bruscamente la cabeza con una sonrisa que alcanzaba su inmensa mirada azul. ¿Cómo se puede narrar la vida de seres que parece que no existen, porque nunca realizarán hazañas dignas de contarse o recordarse en las páginas impresas de un libro? Sin embargo, sus hazañas se inscriben en el corazón de todo aquél que alguna vez

les conoce. Algún maestro zen podría ver en ellos encarnada la filosofía del presente, del ser en presente. Tal vez eso es lo que hiciera de Remí alguien especial en mi vida, su forma de enseñarme a estar por entero con alguien, a entregarse a la visión de una libélula que pasa cerca y se detiene sobre el torrente del río. Remí, que no tenía conceptos para explicarme nada, apenas un balbuceo de una palabra como el relincho de un potro, me mostró que para ser, hay que prescindir de la memoria, al menos de la esclavitud de la memoria. Homero cantó a un héroe que buscaba su patria incesantemente en sus viajes. Remí, sin héroes ni monstruos ni cantos de sirenas, me mostró su mirada, como la luz sobre el agua del puerto, un pequeño incendio intermitente. Yo, que me hice al camino, recorrí ciudades y rostros y me fatigué sintiéndome lejos de casa, sin entender entonces que la casa siempre está dentro de uno. Yo, que seguí las señales de la vida sin cuestionarlas, ahora sé que los viajes son siempre interiores como la mirada de Remí, de Remí mirando la lluvia en un pueblo de los Pirineos, la tormenta y la lluvia, asombrado y entregado a los sonidos, a los resplandores y tal vez al olor salvaje de la lluvia en la noche, tras la ventana, con sus manos como alas plegadas tras su espalda. La mirada de Remí que podía parecer triste pero que yo sé que no lo era, porque yo he visto la otra mirada de Remí, con la que me mira cuando reaparece en mis sueños, sereno, como indicándome que todo está bien, que le siga, que hay un paseo por el bosque donde poder correr al trote y más arriba hay una catarata. Y Remí atraviesa mis sueños oscuros como un fulgor blanco, me arranca una sonrisa, y aunque las casas en las que ando en mis sueños parezcan las ruinas bombardeadas de una guerra, Remí me hace sentir que he llegado al hogar, en el que él siempre está, Remí mirando la lluvia, mirando asombrado una vez más el milagro de la lluvia que yo también miro, la belleza de la lluvia que una vez más me trae la presencia cálida de mi hermano Remí.

